

Fiesta de Santa María de la Cruz

(Martes, 9 de marzo de 2010)

PRIMERA LECTURA:

Jdt 13:17-20 BJ

- (17) Todo el pueblo quedó lleno de estupor y postrándose adoraron a Dios y dijeron a una: «¡Bendito seas, Dios nuestro, que has aniquilado el día de hoy a los enemigos de tu pueblo!»
- (18) Ozías dijo a Judit: «¡Bendita seas, hija del Dios Altísimo más que todas las mujeres de la tierra! Y bendito sea Dios, el Señor, Creador del cielo y de la tierra, que te ha guiado para cortar la cabeza del jefe de nuestros enemigos.
- (19) Jamás tu confianza faltará en el corazón de los hombres que recordarán la fuerza de Dios eternamente.
- (20) Que Dios te conceda, para exaltación perpetua, el ser favorecida con todos los bienes, porque no vacilaste en exponer tu vida a causa de la humillación de nuestra raza. Detuviste nuestra ruina procediendo rectamente ante nuestro Dios.» Todo el pueblo respondió: «¡Amén, amén!»

15:9

- (9) En llegando a su presencia, todos a una voz la bendijeron diciendo: «Tú eres la exaltación de Jerusalén, tú el gran orgullo de Israel, tú la suprema gloria de nuestra raza.

Jdt 13:17-20 N-C

- (17) Todo el pueblo quedó estupefacto, y, doblando las rodillas, adoraron a Dios, diciendo a una voz: "Bendito seas, Dios nuestro, que has aniquilado en este día a los enemigos de tu pueblo."
- (18) Ozías le dijo: "Bendita tú, hija del Dios Altísimo, sobre todas las mujeres de la tierra, y bendito el Señor Dios, que creó los cielos y la tierra y te ha dirigido hasta aplastar la cabeza del jefe de nuestros enemigos.
- (19) Tus alabanzas estarán siempre en la boca de cuantos tengan memoria del poder de Dios.
- (20) Haga El que esto sea para tu eterna gloria y cólmete de todo bien, pues no has perdonado tu vida por librar a tu pueblo. En nuestra caída has sido su socorro, andando rectamente en la presencia de nuestro Dios." Y el pueblo contestó: "Amén, amén."

15:9

- (9) En cuanto entraron en su casa, todos a una le aclamaron, diciendo: "Tú, orgullo de Jerusalén; tú, gloria de Israel; tú, honra de nuestra nación;"

SEGUNDA LECTURA:

2Cor 5, 17-21

El que está en Cristo es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo.

Y todo proviene de Dios, que nos reconcilió consigo por Cristo y nos confió el ministerio de la reconciliación. En efecto.

En efecto, Dios estaba reconciliando al mundo consigo por medio de Cristo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres, al tiempo que nos confiaba la palabra de la reconciliación.

Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio nuestro. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios!

A Cristo, que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él.

EVANGELIO:

Lc 1, 39-55

En aquellos días, se puso en camino María y se dirigió con prontitud a la región montañosa, a una población de Judá.

Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno; Isabel quedó llena de Espíritu Santo

y exclamó a gritos: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; ¿cómo es que viene a visitarme la madre de mi Señor?

Porque apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno.

¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!”

Dijo María: ...

Queridos hermanos
Sacerdotes, hermanas Clarisas, autoridades, y fieles todos

Celebramos hoy la fiesta grande del Santuario.

Todo lo que aquí ha acaecido desde 1449 hasta ahora mismo gira en torno a Nuestra Señora y entorno a la Cruz de su Hijo.

Santa María vino a este lugar y llamó a Inés para hacernos poner los ojos en la Cruz de Cristo. Ya conocéis todos la historia: y cómo Inés, acompañada por la gente del pueblo que vino con ella hasta aquí en procesión, avanzó hasta Nuestra Señora con una cruz de madera en la mano; y cómo Nuestra Señora tomó aquella Cruz en sus manos, se arrodilló en tierra y clavó la cruz en el suelo.

Con esto quedaba claro desde el principio el fin de la venida a este lugar de Santa María: que mirásemos a su Hijo en la Cruz.

Todo lo que vino después tendrá su mayor o menor importancia, pero todo en relación con este acontecimiento originario y fundamental: la cruz de Cristo plantada en la tierra por Santa María Virgen.

En torno a esta cruz se alzarán el primer santuario y se establecerá el primer beaterio. Vendrán luego las hijas de santa Clara, luego llegará Juan y así hasta el día de hoy. Pero el hecho originario es Santa María y la cruz de su Hijo. En torno a este hecho nos reunimos hoy, en la fiesta grande del Santuario.

Una cosa está clara: que esta cruz que plantó aquí la Madre de Cristo hacía referencia a la cruz donde su Hijo murió en Jerusalén. Santa María no clavó aquí un trozo de madera, el que tomó de manos de Inés, que seguramente acabó pudriéndose. Lo que ella plantó aquí es la Cruz eterna de su Hijo. Lo que ella quiso dejar aquí, hasta el día de hoy, es este acto de amor perfecto, de amor eterno, de amor que vence el pecado del hombre, que es capaz de vencer la muerte y de alcanzar el cielo: el amor con el que Cristo amó a su Padre y nos amó a nosotros en la hora decisiva de su crucifixión.

Atended bien a esto, porque si no atendemos a esto, todo el follón que organizamos alrededor de esta fiesta, es posible que no sirva para nada ni a los curas, ni a las monjas, ni a vosotros. Más aún, si no atendemos a esto, es posible que lo único que hagamos con tanta fiesta sólo sea un desprecio a lo que Santa María Virgen nos ofrece realmente.

Cuando era un niño, tenía 10 años, me pidieron en una clase de dibujo que dibujásemos algo festivo. A mi no se me ocurrió otra cosa que pintar a Cristo crucificado, la imagen del Cristo del Humilladero, de mi pueblo. La profesora de dibujo y mis compañeros se tomaron a guasa que yo dibujase aquello como motivo de fiesta. Yo contesté con naturalidad: “es el amor de Dios”. Con esa respuesta zanjé la cuestión.

Pero justamente esa es la cuestión que hoy se nos plantea: la cruz de Cristo. ¿Qué tipo de fiesta es esta? ¿Cómo podemos y debemos celebrarla? El amor es ciertamente el único verdadero motivo de alegría y de gozo para el hombre. Lo contrario, la tristeza, tiene su origen en la soledad. Experimentar y sufrir la soledad es el mayor dolor del alma y el origen de la tristeza.

El amor de los hijos, el amor de los amigos, el amor del esposo o de la esposa. No hay ningún gozo, ninguna alegría comparable a la que nace de ellos, a la compañía de aquellos a los que amamos. **Sin embargo**, aún en la compañía de los que más queremos, aparece en nuestro espíritu una sombra, una especie de añoranza, un deseo oculto de una comunión más íntima, de un amor más perfecto. Parece que el gozo de la compañía de los que amamos siempre lleva este regusto de añoranza de un amor mejor, de un amor perfecto. No es que los otros están mal hechos o de que nosotros mismos estemos mal hechos, sino que estamos hechos para Dios.

No hay mayor tristeza, no hay mayor dolor, que el que nace en el alma por la lejanía de Dios. Esta es la mayor de las soledades y la tristeza que nace de ella es la que embarga a nuestro mundo. Aunque la disfracemos de fiesta, de ruido, de vino o de todo tipo de placeres, no desaparece, sino que roe poco a poco el corazón. La verdadera alegría depende de nuestra comunión con Dios.

Pero nosotros nos hemos alejado de esta fuente de la verdadera alegría. Hemos pecado. Hemos pecado. Nos hemos alejado de Dios. Y el espacio que hemos puesto entre él y nosotros es grande. No podemos volver, no somos capaces de volver.

Pero también Dios tenía deseo de nosotros. Y ha sido él el que ha salvado la distancia. Ha sido él quién ha decidido ofrecernos un camino de vuelta, un camino de reconciliación. Ese camino es su Hijo. Y su Hijo crucificado. De él decía la segunda lectura: “Dios estaba reconciliando al mundo consigo por medio de Cristo, no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres”. La cruz nos hace visible el amor de Dios y nos lo acerca, para que podamos beber de él y experimentar el verdadero gozo, la verdadera fiesta.

Santa María nos ofrece a su Hijo, como lo hacía san Pablo a los corintios. Es como si ella misma tomase las palabras del apóstol y nos dijera: **“Dios os exhortara por medio nuestro. En nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios! A Cristo, que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él”**.

Pero hay una diferencia grande entre su gesto y san Pablo. Quisiera explicároslo.

Para nosotros la cruz de Cristo puede ser motivo de gozo y de alegría porque ella es la fuente del amor verdadero, del amor de donde nace la alegría. Sin embargo la cruz ha significado para el Hijo de Dios una verdadera tortura. Esta alegría nuestra no ha sido gratis. A nosotros no nos ha costado nada, pero al Hijo de Dios le ha costado una lucha sin tregua, una lucha que empieza desde que nace y que le costará definitivamente la vida en la cruz. Para él este camino no ha sido una broma, ni una fiesta.

Tampoco lo fue para san Pablo. Primero el bebió como todos nosotros de esta fuente del amor divino con gozo y pudo decir: “Mientras vivo en esta vida, vivo del amor del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí”. Ese momento sí es el momento del gozo. Pero luego se convirtió en portador de ese amor y tuvo que participar del sacrificio de su Señor, por eso fue apaleado, metido en cárcel, lapidado... hasta que murió decapitado en Roma.

Pero el sacrificio de san Pablo cuando nos ofrece a Cristo crucificado no es comparable al de santa María. Ella es la Madre y ella se ofrece con su Hijo. El sacrificio cruento de Cristo en la cruz lleva en sí el sacrificio incruento, pero igual de real, de la madre. También ella participa desde el principio de la lucha de su hijo hasta la entrega final.

En realidad la primera lectura nos habla de esta lucha de Santa María, en la figura de Judit. Judit tiene que hacer frente al enemigo de su Israel, Holofernes, y ha de arriesgar su vida para conseguir la libertad de su pueblo. A cambio de la vida de su pueblo ha de arriesgar la suya. Sólo arriesgando su vida puede alcanzar la victoria para su pueblo. Y así lo hace. Por eso, cuando ha eliminado al que atentaba contra la vida del Pueblo de Dios, se le dice lo que hemos escuchado en la primera lectura:

«¡Bendita seas, hija del Dios Altísimo más que todas las mujeres de la tierra! Y bendito sea Dios, el Señor, Creador del cielo y de la tierra, que te ha guiado para cortar la cabeza del jefe de nuestros enemigos.

Santa María ha aplastado la cabeza de quien buscaba darnos muerte eterna, pero no lo ha hecho sin entregar la suya: la de su Hijo en la cruz, y la suya propia con él.

Por eso el Espíritu Santo que invade a Isabel saluda a María con las palabras con las que fue saludada Judit: **“Bendita tú entre las mujeres”**. Nuestra Señora se ha convertido en fuente de verdadera alegría porque nos ha dado a su Hijo crucificado y eso lo ha hecho con su propio sacrificio.

Ahora tenemos que responder a la pregunta que antes nos hacíamos ¿cómo podemos y debemos celebrar esta fiesta? Hemos de darnos cuenta de que nuestra fiesta nace del sacrificio verdadero de Cristo y del sacrificio verdadero de Santa María. No es algo vano. No nace en las casetas y en los puestos ruidosos que ponen fuera. **Primero**, hemos de entender que el amor que se nos ofrece es un amor verdadero, probado en el dolor y en el sacrificio. **Luego** hemos de decir “sí” a este amor. Sí, queremos volver a ti. Sí, queremos beber de este amor. Queremos reconciliarnos contigo. Queremos tomar la cruz que Santa María nos ofrece. Queremos ofrecer nuestra alma para que ella la plante allí: no un simple trozo de madera, sino este acto de amor perfecto, de amor eterno, de amor que vence el pecado, que vence la muerte y alcanza el cielo: el amor con el que Cristo amó a su Padre y nos amó a nosotros.

Sólo así podremos alegrarnos de veras y hacer nuestro el grito de júbilo del Pueblo de Dios, el pueblo que crece a la sombra de la cruz, y decir: “Bendita tú, y bendito el fruto de tu vientre”.

Amén.